

Señor y se hace mal uso de ellos. Hay una regla de vida, clara por naturaleza para la mujer, pero fácilmente desacatable, sujeta a interminables invenciones de yerros y corrupciones. Acepta que hay un camino claro, si no se sigue es por voluntad de error...”

Y Barbola, solidaria con sus compañeras de sexo, consciente de las limitaciones que la sociedad les ha impuesto y que sólo un cambio radical de esa sociedad hará posible un cambio para ellas, le responde a Serafina “... Dígame, ¿puede haber peor destino que el de la mujer presa en su casa? Con todo es indispensable para que crezcan los hijos y deben crecer, aun en medio de la ignorancia. Estas mujeres sólo pueden cambiar si cambia todo, y todo tiene que cambiar, todo (...) Pero esta sociedad es malvada, de eso estoy segura. Usted habla de que la naturaleza dotó a la mujer para la maternidad, pero el destino no lo decreta la naturaleza, sino la sociedad, y la sociedad ya dictó la condena más severa: vea a las mujeres, o vacas, o locas, o artefactos, insatisfechas y abandonadas, no hay lugar para ellas en este mundo”.

Barbola ve con lucidez la trampa en la que la mujer se ve atrapada desde el momento de hacer; una trampa de la que, además, no ve posibilidades de escape. Una trampa que etiqueta y define la enfermedad mental en la mujer (no hay que olvidar que el universo psiquiátrico ha sido delimitado por el hombre) y que para la sana, no deja más camino ni más opción que el hogar y la maternidad como únicas vías de salud y exclusivos seguros contra la soledad.

Quisiera señalar un hecho que no carece de significación; *La ginecomaquia* que ahora dirige con excelencia José Caballero, que cuenta con la destacada interpretación de Marta Verduzco, Angelina Peláez, Alessandra Colotti y Genoveva Pérez y que revela una aguda sensibilidad y penetración de su autor Hugo Hiriart en el universo de la mujer, no ha sido escrita recientemente al calor de este *boom* que parecen conocer las obras —de cine, de teatro, literarias— sobre las mujeres. *La ginecomaquia* fue escrita alrededor de diez años atrás y estrenada en el Teatro Orientación, bajo la dirección del propio Hiriart, el año de 1972.

E.U.

---

## Un nuevo personaje: el trabajo doméstico\*

Tercera llamada, terceraaaa. Compró papas, calabacitas, jitomate y cebollas. Las lavó con sumo cuidado y luego comenzó a pelarlas. Una vez limpias las cortó pacientemente

---

\**La visita del ángel*, de Vicente Leñero; dirección, Ignacio Retes; escenografía, Alejandro Luna. Con Ignacio Retes, Carmelita González y Myrra Saavedra. Teatro Foro Sor Juana Inés de la Cruz, Ciudad Universitaria.

sobre la tabla de picar, al jitomate y la cebolla los puso en la licuadora, agregó unos dientes de ajo y mientras se molían preparó la olla donde haría la sopa. Un golpe a la estufa pues el piloto anda mal y dejar que el aceite se caliente para sofreír todo y luego agregar el agua. Cuando la sopa comenzó a hervir... llegó el marido.

Pasaron quince minutos en silencio mientras Carmelita González, la actriz abuela, cocinaba —como usted, ama de casa— una sopa de verduras en el Foro Sor Juana Inés de la Cruz en la obra de Vicente Leñero, *La visita del ángel*. La obra se desarrolla en un departamento donde se acogen muebles y objetos de una pareja de viejos, tanques de gas y tubería de agua, un refrigerador y un fregadero, la estufa y una salita con una tele vieja, en fin un departamento como hay muchos. Los personajes, solo tres: el abuelo, la abuela y Malú, la nieta que los visitará para comer. La abuela sigue preparando la comida mientras el marido se sienta a leer el periódico. Frases cortas, respuestas consabidas, ternura de la pareja que se conserva hasta la vejez.

Por fin llega Malú y no deja de hablar un momento. Una joven de 18 o 20 años con la vestimenta y manera de hablar de una “chava buena onda”, les platica del amigo de la infancia que acaba de encontrarse —casado, pero muy jala-dor—; de las frustradas vacaciones en Acapulco que se convirtieron en divertida aventura con dos norteamericanos en las playas de Oaxaca. El abuelo sigue a Malú con gestos de admiración y complicidad; la abuela se divierte con algunas puntadas y se escandaliza prudentemente con otras. Nada, la nieta tiene una sexualidad libre y es solidaria, buena amiga, comprende a la madre, se acuerda de los abuelos y los visita y sobre todo, no le para la boca. La abuela sigue preparando la comida; el abuelo, sentado en la mecedora hasta que la sopa ha hervido, la ensalada está aderezada y fritos los bisteces. Se sientan a la mesa.

Dramaturgia realista que pone de manifiesto la división sexual del trabajo dentro de la familia, la socialización de las nuevas generaciones y lo que es el trabajo doméstico.

¡Trabajo doméstico en escena! El que no se reconoce, el que es “inherente” a las mujeres, el que renueva al trabajador y le permite ir a trabajar al otro día, se huele, se ve, se oye, se siente en esta obra de Leñero. Cada quien podrá reflexionar en varias cosas: por qué las mujeres deben ser más jóvenes que los hombres dentro de la pareja —para servirlos mejor—; la de tiempos y movimientos que se gastan en hacer una comida para tres; cuando vivimos la producción masiva; lo mecánico, obligatorio y sin fin de éstas tareas que imprimen características particulares a las mujeres.

Y aunque Malú, la nieta, pueda tener relaciones sexuales más o menos libres, un día terminará como la abuela, con el trabajo doméstico a cuestas; porque lo único que hasta ahora se ha transformado de lo que constituyen las estructuras básicas de la condición de las mujeres es la sexualidad, y eso para algunas

M.A.